

# La primera Historia de la Educación de los Sordos en España: la carta del jesuita Juan Andrés y Morell (1740-1817) a su hermano Carlos sobre el arte de educar a los sordomudos

*Javier Vergara Ciordia*

*Universidad Nacional de Educación a Distancia / UNED*

En los últimos tiempos la preocupación de la historiografía por la aportación española a la educación formal de los sordomudos ha sido notable<sup>1</sup>. Un panorama importante que sigue echando de menos investigaciones sobre algunas figuras clave en el devenir histórico de la educación de los sordomudos. Un ejemplo patente es el jesuita Juan Andrés y Morell, autor en 1793 de una carta sobre el arte de educar a los mudos en Europa, que puede considerarse una de las primeras historias de este arte en España. Aportación importante de la que apenas tenemos referencias parciales en la historiografía contemporánea y que este trabajo pretende completar en parte presentando al personaje y a su obra histórico-pedagógica.

## **El autor**

Juan Andrés y Morell nació el 15 de febrero de 1740 en Planes, provincia de Alicante. Descendiente de una familia perteneciente a la pequeña nobleza, estudió sus primeras le-

---

1. A título de ejemplo y sin pretensiones de exhaustividad remitimos al lector a los siguientes trabajos: Plann Susan (1997). *A Silent Minority, Deaf Education in Spain, 1550-1835*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University of California Press, 323 pp. (de esta obra hay traducción española en 2004, Madrid: Artegraf); Gascón Ricca, A. y Storch de Gracia y Asensio, J. (2004). *Historia de la Educación de los Sordos en España*. Madrid: Editorial Ramón Areces; González Moll Gloria (1992). *Historia de la educación del sordo en España*, Nau Llibres.

tras con los franciscanos de Benissa, retórica en el Colegio de Nobles de los Jesuitas de Valencia y un año de Filosofía en la Universidad valenciana. Ingresó en el noviciado de la Compañía en 1754, teniendo como compañero a José Pignatelli. Su formación jesuítica la realizó en diferentes colegios: Tarragona, Manresa, Gerona... En esta ciudad completó su trienio filosófico (1757-1759), teniendo como profesor al preilustrado catalán P. Antonio Codorniu. Entre 1759 y 1763 estudió teología en el Colegio de San Pablo, adscrito a la Universidad de Valencia. Y, hasta la expulsión de la Compañía en 1767, ocupó la cátedra de retórica y poética en la Universidad de Gandía, donde trabó una estrecha y profunda amistad con Gregorio Mayans, residente por entonces en la Oliva, quien intercedió, sin conseguirlo, ante la corte de Madrid para que el joven jesuita no fuera expulsado y quedara en España<sup>2</sup>.

Tras la expulsión de los jesuitas, se trasladó primero a Bonifacio (Córcega) y después a Ferrara, donde enseñó a los jóvenes novicios de la Compañía una filosofía de cariz sensista, que había aprendido en sus años valencianos del oratoriano Tosca. Después recaló en Mantua, residiendo hasta 1796 en el palacio de los marqueses de Bianchi, quienes le acogieron como amigo y preceptor de su hijo. En esta ciudad tuvo acceso a importantes academias, tertulias y bibliotecas, que le permitieron granjearse una notable reputación como erudito y hombre de letras. Lo que le sirvió para tener la amistad de personajes como Goethe, José II de Habsburgo, Leopoldo II de Austria y los papas Pío VI y Pío VII. Entre 1785 y 1799 hizo largos viajes por Italia, deteniéndose especialmente en Bolonia, Parma, Florencia y Roma, recogiendo en cartas y diferentes escritos la historia, la cultura y los avances científicos de una ilustración europea que tenía a Italia como testigo y receptora de buena parte de sus avances. No quiso volver a España cuando Carlos IV, en 1798, permitió por breve tiempo el regreso de los jesuitas, tampoco lo hizo en 1814 cuando Pío VII restauró la Compañía y Fernando VII permitió su restablecimiento. Prefirió quedarse en Italia, muriendo en Roma el 12 de enero de 1817.

## Obra literaria

La producción escrita de nuestro personaje fue muy extensa y se desarrolló casi por entero en la Italia dieciochesca. Una producción que, aunque tuvo un sesgo eminentemente literario y divulgativo, estuvo muy marcada por una acendrada curiosidad intelectual que abarcó la filosofía, la historia, la educación, el arte, las ciencias y la cultura en general, convirtiendo a nuestro jesuita en uno de los modelos de enciclopedismo setecentista más acabados y en uno de los españoles de fama más universal en su tiempo, y al que la historiografía posterior le debe, quizás, un mayor reconocimiento y reparación<sup>3</sup>. Un sim-

---

2. Batllori, Miguel (2001). Andrés y Morel, Juan, en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Roma: Institutum Historicum, S. I., Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, vol. I, p. 163.

3. Sobre la personalidad y la obra escrita del abate Andrés y Morel se ha escrito bastante. Sin afán de exhaustividad remitimos al lector a los siguientes trabajos: Batllori, Miguel, (1966). *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid, 25, 28, 507, 1513, 535; Mestre, Antonio (1980). Erudición y enciclopedismo en el P. Andrés, en *Humanismo y crítica en los ilustrados alicantinos*, Alicante, pp. 131-152; Garrido, Manuel (1995). *Historia literaria, enciclopedia y ciencia en el literato jesuita Juan Andrés: en torno a "Del origen, progresos y*

ple recorrido por el enunciado de sus obras confirma su dimensión erudita, histórica y enciclopedista.

- *Saggio della philosophia del Galileo* (Mantua, 1776).
- *Cartas sobre la música de los árabes*, 1787.
- *Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura* o *Del origen, progreso y estado actual de la literatura*, 1782, publicada primero en italiano y luego en castellano en Madrid en 1784 y 1806. Se impuso como libro de texto en los Reales Estudios de Madrid.
- *Catalogo de'codici manoscritti Della famiglia Capilupi di Mantova* (1797).
- *Cartas familiares*, Madrid, 1791-1794, seis volúmenes. Estas cartas fueron dirigidas a su hermano Carlos. Son sus impresiones sobre la cultura italiana del S. XVIII. Fueron traducidas al italiano y al alemán, y ampliadas luego con relación de nuevos viajes por Austria y Suiza.
- *Carta del abate Don Juan Andrés sobre el origen y las vicisitudes del arte de enseñar a hablar a los mudos sordos*, que fue publicada (Madrid, Sancha, 1794).
- *Disertacion sobre las causas de los pocos progresos que hacen las ciencias en estos tiempos dicha en la Real Academia de Ciencias i Buenas Letras de Mantua por el abate don Juan Andrés; i traducida del italiano por don Carlos Andrés* [Madrid]: en la Imprenta Real, 1783.

En toda esta producción, nuestro personaje se mostró como un jesuita tradicional e ilustrado de su tiempo. Alguien que supo adaptarse a las exigencias del mundo en que vivía, que se fundió con él y que intentó imbuirlo de sentido cristiano, utilizando para ello el valor transformador de la cultura humanista, religiosa y científica de su época. Fue en este aspecto donde más destacó su personalidad. Menéndez Pelayo dijo de él que tenía un espíritu generalizador “de los que de vez en cuando produce la erudición literaria para hacer el inventario de sus riquezas, de una manera atractiva, popular, agradable y al mismo tiempo científica”.

Puede decirse, a tenor de sus publicaciones, que no hubo ciencia o saber importante que le dejase indiferente. Pensó que los descubrimientos y avances científicos modernos suponían siempre una oportunidad de avance cultural que la sociedad de su tiempo, especialmente la española, debía conocer. Sus escritos, plagados de hondo sabor educativo e histórico, describían los avances últimos de las matemáticas, de la medicina, de la música, de la filosofía, del arte, de la arqueología o incluso de la dramaturgia, dando a la cultura y al saber un sentido global, exhaustivo, pedagógico y humanista para mejor servicio del hombre y de Dios.

---

*estado actual de toda literatura*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil Albert; Tejerina Belén (1986), Ideas reformistas en Juan Andrés y Morell a través de sus impresiones venecianas, *Dieciocho*, 9, pp. 272-289; Alberola Roma, Armando (1992). Un viajero español de excepción por la Italia del S. XVIII, *Supplemento Quaderni di filologia e lingue romanze*, 7, pp. 5-23.

## Origen del *Arte de enseñar a hablar a los mudos-sordos*

En este marco debe situarse una carta a su hermano Carlos, “sobre el origen y las vicisitudes del arte de enseñar a hablar a los mudos sordos”, escrita en 1793 y publicada en Madrid, en la imprenta Sancha, en 1794. La obra está dedicada a doña Isabel Parreño Arce Ruiz de Alarcón, marquesa de Llano y esposa del embajador de España en la corte de Viena, para que tuviese noticias precisas y exactas de cómo se desarrolló en Europa este arte, cuya paternidad se venía atribuyendo injustamente a distintos personajes y países que, por acción u omisión, lo presentaban como propio, ignorando el protagonismo hispano en su génesis y primer desarrollo.

No es que nuestro protagonista se muestre con esta publicación como pedagogo y educador de sordomudos. El P. Andrés tampoco lo pretende. Su trabajo está muy lejos de ser un manual técnico con reglas precisas, amplias y consejos prácticos sobre cómo educar a los sordomudos. Se trata más bien de un libro informativo e histórico, que recoge de manera escueta, sintética y general los hitos más significativos de los personajes que han contribuido a la consolidación de este arte desde el siglo XVI al siglo XVIII, en un intento por dejar claro y diáfano el protagonismo de España en su origen y consolidación.

Este es el verdadero propósito de Juan Andrés Morell. Sencillamente reivindicar el protagonismo singular y genuino de España en la construcción de un nuevo arte que estaba en boca y actualidad en las principales academias y foros culturales de Europa. Téngase presente que hacer hablar a los mudos era todo un acontecimiento cultural e histórico en la Europa del siglo XVIII. Rompía el principio de autoridad aristotélico y agustiniano según el cual los mudos no podían educarse al no poder oír o hablar. A lo sumo, como decía Hipócrates, los mudos podían vocear, pero no hablar. Y ahora, como si de un milagro científico se tratara, “los mudos a natura hablan”. Nuestro jesuita lo plasma con realismo literario cuando dice:

“Me acuerdo de haber leído a este propósito en las Noticias literarias, si no me engaño, de MR. Clement, que se decía entonces en París haberse renovado los tiempos apostólicos, puesto que oían los sordos y hablaban los mudos, mayormente cuando entonces también con la operación de batir las cataratas, y con las curaciones de la electricidad se podía decir igualmente que veían los ciegos y caminaban los cojos: *caeci vident, claudi ambulat, surdi audium*”<sup>4</sup>.

El acontecimiento era de tal calado que la desmutación de los sordos fue celebrado en las principales academias de Europa, especialmente francesas, que, como voceras habituales de los nuevos acontecimientos científicos, lo celebraron como un triunfo de la nueva ciencia pedagógica a la que, de la noche a la mañana, le salieron varios padres entre los que no estaba precisamente la aportación y el papel de la tradición española.

La eclosión mediática de ese hecho hay que situarlo sobre todo a mediados del siglo XVIII con la figura y la obra del portugués Jacobo Rodríguez Pereira, referente y espejo de todas las miradas. El propio Andrés nos dice al respecto: “Los diarios literarios y po-

---

4. Andrés y Morell, Juan (1794). *Carta del abate Don Juan Andrés sobre el origen y las vicisitudes del arte de enseñar a hablar a los mudos sordos*, Madrid: en la imprenta de Sancha, pp. 34-35.

líticos le dieron los mayores elogios y en París y en todas partes no se hablaba de otra cosa que de los milagros que Pereira obraba con su arte<sup>5</sup>. Pero Francia, muy dada a nacionalizar los acontecimientos sociales positivos, cambió pronto la paternidad de este arte haciéndolo genuino y asombrosamente francés. Como nuevo padre se eligió al abate Carlos Miguel L'Épée, quien en 1776 publicaba su *Instrucción de los sordos y mudos*. Obra que las academias francesas convirtieron, por mor del destino, en el nuevo paradigma y símbolo del arte de educar a los sordos, consiguiendo además que fuera copiado y seguido en buena parte de Europa<sup>6</sup>.

Andrés Morell, fiel espectador de los mejores acontecimientos científicos de su época, saludo con gusto estos avances; pero, como buen historiador de la realidad y un patriota sentimental, le dolía que los avances en la educación formal de los sordomudos se presentasen como novedad ilustrada, pedagógica y cultural esencialmente francesa. Contra esta situación levantó su pluma y se sintió en la obligación de reivindicar para España el origen del arte de educar a los mudos, en un intento por uncir las virtualidades de nuestro país al carro de la nueva sensibilidad cultural europea. Este es el origen de esta carta que, por su contenido y fecha de aparición, iba a convertirse, sin pretenderlo Andrés, en uno de los primeros manuales europeos sobre historia de la educación formal de los mudos. El siguiente texto, que constituye el frontispicio de su obra, es fiel reflejo de sus propósitos:

“Si, Exma. Señora, así es ciertamente como he tenido el honor de decir a V.E. las maravillas que se ven ahora en las escuelas de Viena, de París y de otras ciudades, se han visto más ha de dos siglos en España, y el arte de enseñar a hablar a los mudos, de que ahora se jactan los franceses, atribuyendo la gloria a su abate L'Épée, reconoce a los españoles por sus primeros inventores y maestros. Parecerá a muchos vana e infundada esta aserción, dictada sólo por el amor de la patria, no de la verdad (...). Para darle, pues, incontrastables pruebas de la verdad de este hecho tejeré una breve historia de la invención y de las vicisitudes de esta singular y maravillosa arte y en la sencilla relación de ellas podrá observarse que este arte debe reputarse enteramente español, no sólo por la primera invención sino también por su moderno establecimiento; y se verá igualmente que los primeros inventores españoles, ahora casi desconocidos, adelantaron tanto como los más celebrados y decantados maestros de nuestros días<sup>7</sup>.”

## Estructura

La obra se compone de 56 páginas que conforman un todo continuo sin indexar o contemplar apartados definidos. Por su temática puede estructurarse en cuatro partes. La primera, que abarcaría las 18 primeras páginas, es un intento por reivindicar las glorias hispanas de Pedro Ponce de León (ca.1508-1584), Juan Pablo Bonet (1573-1633) y Manuel Ramírez Carrión (1579-1653) en el campo de la educación formal de los mudos frente al prurito dieciochesco e ilustrado de la novedad francesa. La segunda parte, que abarcaría de las páginas 19 a 41, es un seguimiento cronológico de los principales personajes que en Europa han abordado la educación formal de los sordomudos, con especial hincapié en las figuras de Conrado Amman y Jacobo Rodríguez Pereira, y el lamento reiterado por no re-

5. *Ibidem*, p. 34.

6. *Ibidem*, pp. 44-47.

7. *Ibidem*, pp. 1-2.

conocer la paternidad y el protagonismo de las glorias hispanas. La tercera parte, que ocupa las páginas 42 a 53, está centrada enteramente en las aportaciones francesas del abate Carlos Miguel de L'Épée (1712-1798). En ella se reconoce su aportación a la comunicación gestual, una cierta dependencia de la tradición oralista española, las críticas que se hacen a la posibilidad comunicativa de los gestos y la notable difusión europea que tuvieron sus obras. La cuarta y última parte, que abarca las páginas 54 a 56, es un epílogo a modo de resumen en el que confirma la paternidad hispana en la educación formal de sordomudos y la continuidad que hay entre Ponce, Bonet, Carrión, Amman, Pereira y L'Épée. Tesis que, con cierto pesar, le lleva a Juan Andrés Morell a concluir:

“En suma no pueden las escuelas modernas de los sordos mudos gloriarse de cosa alguna de la cual no tengamos alguna muestra dos siglos antes en la de Ponce. Ojalá no fuera tan cierto que en gran parte de los descubrimientos de nuestros días puede observarse lo mismo, esto es que los modernos solo han embarnizado y adornado, propagado y decantado más sus conocimientos, pero que en la sustancia los modestos antiguos los habían poseído ya con igual o mayor plenitud”<sup>8</sup>.

## Estilo y contenido

Si hubiese que definir el modelo historiográfico de Juan Andrés Morell, a tenor de lo que proyecta en su carta a Isabel Parreño, habría que decir que éste viene presidido por tres notas características y definitorias del emergente positivismo historiográfico ilustrado, a saber: generalidad sistemática, prurito documental y exhaustividad informativa.

Lo cierto es que nuestro jesuita no se detiene en detalles excesivos a la hora de plantear sus argumentos. Él es más un generalista sistemático y erudito de tesis amplias y lacónicas que un crítico detallista y minucioso de hechos e ideas concretas. A él le interesa sobremedida afirmar con vehemencia una tesis central, rodearla de un breve contexto explicativo sin apenas paráfrasis o circunloquios, y legitimarla documentalmente con profusión de fuentes de diversa naturaleza y valor.

En la primera parte de su trabajo, su preocupación obsesiva fue probar y defender la primacía de Pedro Ponce de León como primer representante de la educación formal de mudos en Europa. Las fuentes primarias van a ser su principal arma de defensa, pero tiene el inconveniente de que Ponce no dejó nada escrito. En su defecto, recurrirá a fuentes secundarias fiables, especialmente a Benito Jerónimo Feijóo quien, en el tomo IV del *Teatro Crítico Universal* (1730), apartados 100-105, referido a las Glorias de España, y en la carta VII, del tomo IV, de las *Cartas eruditas y curiosas* (1753), aportó abundante información y comentarios sobre la figura y la obra de Ponce.

Con este marco documental, Andrés estructuró un apartado como si manejara fuentes primarias. Citó, en primer lugar, el libro de difuntos del monasterio de Oña, donde murió Ponce en 1584, y donde se recoge la leyenda de su obituario en el que expresamente se dice que enseñó a hablar a los mudos<sup>9</sup>. A continuación, aportó citas de es-

8. *Ibidem*, p. 56.

9. Andrés y Morell, Juan (1794). *Carta del abate...*, p. 6. El texto latino del obituario es del siguiente tenor: “*Obdormiuit in Domino Frater Petrus Ponce, huius Onniensis domus benefactor, qui inter coeteras virtutes, quae*

crituras notariales con alusiones a capellanías fundadas por Ponce con dinero que le dieron algunos nobles por enseñar a hablar a sus hijos mudos<sup>10</sup>. Aportó también citas textuales de discípulos del benedictino recogidas por otros autores como Francisco Lana-Terzi<sup>11</sup> y Juan Castañiza<sup>12</sup>. De igual modo, recogió referencias literarias de Feijóo, proyectando universalmente la obra de Ponce por Italia y Francia<sup>13</sup>. Y, finalmente, aludió con brevedad a las características fónicas y didácticas del método ponciano, con citas del médico Francisco Vallés<sup>14</sup> y de Ambrosio Morales<sup>15</sup>. El resultado historiográfico de todo ello fue doble: por un lado, confirmar documentalmente la paternidad de Ponce en el arte de enseñar a hablar a los mudos; y, por otro, constatar el notable eco y la magnífica proyección documental y literaria de su obra. Por eso, con cierta amargura, sostiene:

“Así que no puedo excusar a los posteriores escritores que han tratado de este arte sin nombrar jamás a Ponce, o de negligencia si no han sabido adquirirse una noticia esparcida por tantos autores célebres, o de malicia si sabiendo no han hecho jamás mención a ella”<sup>16</sup>.

Juan Andrés Morell cerró sus comentarios sobre Ponce planteando una cuestión ardua para la historiografía: ¿escribió nuestro benedictino un libro sobre su método de en-

---

*in illo maxime fuerant, in hac praecipue floruit, ac celeberrimus toto orbe fuit habitus; scilicet, mutos loqui docendi. Obiit anno 1584 in mense Augusto*”. Véase en Feijóo Benito (1753), *Cartas eruditas y curiosas*. Publicación de Clásicos Castellanos. Madrid: Espasa Calpe, 1969, p. 150.

10. *Ibidem*, pp. 6-7; 8-9. La escritura notarial está firmada el 24 de agosto de 1578 por el escribano Juan Palacios quien afirma que Ponce, con el dinero dado por la Marquesa de Berlanga, don Pedro de Velasco su hijo, y otros príncipes y señores por haberles enseñado a hablar siendo sordos, fundó una capellanía y otras obras pías. La escritura descende a detalles diciendo que Ponce les enseñó a “Hablar, leer, escribir, contar, y a rezar, y ayudar a Misa, y saber la Doctrina Christiana, y saberse por palabra confesar, e algunos latín, griego, y entender la lengua italiana”. Véase en Feijóo Benito (1753). *Cartas eruditas y curiosas*. Publicación de Clásicos castellanos. (150-151). Madrid: Espasa Calpe, 1969.

11. *Ibidem*, pp. 4-5. Del P. Lana cita en concreto su *Prodromo ovvero saggio di alcune inventioni*, publicado en 1670. En su cap. IV comenta, sin nombrarlo, que un noble español, hermano menor del Condestable de Castilla, sordo de nacimiento, fue enseñado a hablar con notable éxito por un sacerdote español con admiración de todos. Aquí debe hacerse notar que Lana confunde a Ponce con M. Carrión o J. P. Bonet, ya que el hermano menor del Condestable es Luis de Velasco.

12. *Ibidem*, p. 6. Fray Juan Castañiza en su *Historia de la vida de San Benito*, publicada en Salamanca en 1583, comenta que don Gaspar de Gurrea, hijo del gobernador de Aragón, sordo de nacimiento, aprendió a hablar con el maestro Ponce de León.

13. *Ibidem*, p. 8. El *Teatro Critico Universal*, publicado en 1730, fue traducido al francés, al italiano y parte al inglés. Hecho que confirma la notable difusión de Ponce como padre de la educación de sordos en Europa. Otra cosa bien distinta es que muchos ignoraron conscientemente su paternidad y se la atribuyeran para sí y sus países.

14. *Ibidem*, pp. 9-10. Francisco Vallés, contemporáneo de Ponce, en el capítulo III de su *Sacra Philosophia*, publicada en Turín en 1587, nos da noticias de que el método de Ponce tenía dos partes: primero enseñaba a escribir, señalando con el dedo las cosas señaladas con la escritura, después hacía observar los movimientos de la boca correspondientes a las letras que se pronunciaban.

15. *Ibidem*, pp. 10-11. Ambrosio de Morales, también coetáneo de Ponce, da noticias más concretas. En su obra *Antigüedades de las ciudades de España*, publicada en Alcalá de Henares, en 1575, dice que Ponce enseñó a tres hermanos mudos, hijos del Condestable de Castilla, eran dos varones y una hembra y a todos les enseñó a hablar; pero de ellos destacó especialmente don Pedro de Velasco que vivió poco más de 20 años y hablaba y escribía el latín sin solecismos y que escribía también con caracteres griegos.

16. *Ibidem*, p. 12.

señanza? La pregunta no era infundada y se justificaba porque, en 1583, Fr. Juan de Castañiza, en su *Historia de la vida de San Benito*, afirmaba que nuestro fraile probaba su método “en un libro que había escrito sobre esta materia”<sup>17</sup>. Idea que Andrés negó afirmando, con la ayuda del también benedictino Antonio Pérez, que Ponce nunca “trató de enseñar a otros este arte”<sup>18</sup>, y que tal honor corresponde a Juan Pablo Bonet.

Defender a este autor como la primera persona que publicó un tratado sistemático sobre la educación formal de los mudos va a ser la segunda de las preocupaciones de Andrés Morell. Para nuestro jesuita, que conocía directamente la obra de Bonet: *Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar a los mudos*, publicada en Madrid, en la imprenta de Francisco Abarca de Angulo, en 1620, estábamos ante uno de los acontecimientos más importantes y de mayor trascendencia en la historia de la educación de los mudos. Sus tres partes: reducción de las letras a un método fónico, dimensión didáctica del lenguaje oral de los mudos e importancia de un alfabeto manual como apoyo a la comunicación oral<sup>19</sup>, representaban las bases sobre las que discurriría un arte que marcaría buena parte de la cultura pedagógica del Barroco y de la Ilustración. Bases que la malicia o la ignorancia crasa llevaron a esconder o ignorar, generando por parte de Andrés Morell uno de los alegatos más fuertes en defensa de la obra de Bonet que se conocen. Nuestro jesuita dirá al respecto:

“Tal vez me he extendido demasiado –dice Andrés– en dar noticia de la obra de Bonet; pero si he de decir la verdad, no lo he hecho sin particular advertencia. Al oír los elogios que se dan a las obras posteriores de Wallis y de Amman, y al comprobar lo reducido de los preceptos de éstas con la extensión y variedad de la doctrina de Bonet, no puedo menos de lamentarme del abandono en que los eruditos dejan las cosas de España. Si Bonet, como primer escritor de aquel arte lo hubiese tratado super-

17. *Ibidem*, p. 11.

18. *Ibidem*, p. 13. La noticia realmente no hubiese tenido más trascendencia si en 1839, el marqués de Ponteijos, director entonces de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País no hubiese proclamado a los cuatro vientos que se había encontrado la obra manuscrita de Pedro Ponce. Lo que Ponteijos encontró no fue realmente la obra de Ponce, sino un inventario de obras realizado en 1821 por orden gubernativa en el monasterio de Oña con motivo de la exclaustación, que contenía la referencia a un libro titulado *Doctrina para los mudo-sordos compuesta por Fray Pedro Ponce de León*. La citada obra existió, pero no era realmente de Pedro Ponce, sino el *Tratado legal sobre los mudos*, escrita en 1550 por el licenciado Lasso describiendo los avances del maestro Ponce con los hijos de los marqueses de Berlanga. Un resumen de la misma, con el título de *Tratado de Tovar*, fue hecho por José Gallardo y publicado a título póstumo en 1863, en el tomo III de la *Biblioteca española de libros raros*. Pero su descubrimiento definitivo se debió a Alvaro López Núñez, quien publicó sus conclusiones en 1919, en Madrid, en la imprenta de Sobrinos de M. Minuesa. Todo el recorrido de este tema puede verse muy bien detallado en Pérez de Urbel, Justo (1973). *Fray Pedro Ponce de León y el origen del arte de enseñar a hablar a los mudos*, Madrid: Ed. Obras selectas; véase también en Eguiluz Angoitia Antonio (1987). *Fr. Pedro Ponce de León. La nueva personalidad del sordomudo*, Madrid: Instituto Profesional de Sordomudos Ponce de León. El mismo Eguiluz saca a la luz un folio manuscrito por Ponce a doble encontrado en AHN, Clero, Leg. 1319, sobre pequeñas referencias a su método.

19. *Ibidem*, p. 16. Andrés Morell atribuye a Bonet el honor de ser el primero en publicar un alfabeto manual y sus virtualidades dialógicas, ignorando que fue el franciscano Melchor Sánchez Yebra quien publicó por primera vez en Madrid, en 1593, un alfabeto manual en un libro titulado *Refugium infirmorum*. El franciscano comenta que lo plasma para ayudar a los sordos a bien morir, añade que era algo muy sabido y que procede de San Buenaventura. Véase un estudio de este alfabeto en Gascón Ricao, A. y Storch de Gracia y Asensio, J. (2004). *Historia de la Educación de los Sordos en España*. Madrid: Editorial Ramón Areces.



ficialmente (...) tendrían los críticos modernos alguna razón para dejar a éste en el olvido (...) y alabar con preferencia a los posteriores escritores. Pero si Bonet llevó tan adelante su arte como acabamos de ver, cuando Wallis y Amman no pasaron más allá de los primeros elementos del leer y del pronunciar (...) ¿de cuánta malicia o de cuánta ignorancia no deberán ser acusados los encomiadores de éstos (...) Y no podrá atribuirse este olvido a lo raro de la obra de Bonet, porque aunque no pueda decirse que es obra muy común, ni hay tal escasez de ejemplares que no pueda encontrarse fuera de España. En los pocos días que estoy en Viena he visto dos ejemplares de esta obra, y no dudo que en cualquier otra parte podrá encontrarlos quien quiera hacer las diligencias correspondientes?<sup>20</sup>.

Andrés Morell cerró el circuito de las glorias hispanas citando con brevedad y lacónismo la obra de Manuel Ramírez Carrión: *Maravillas de naturaleza*, publicada en 1622 y reimpressa en 1629. Nuestro jesuita, aunque dice que no conoció directamente esta obra, citándola a través de las noticias que al respecto aporta Nicolás Antonio en su *Biblioteca Hispana nova*, publicada en 1788, nos anexa en su carta la introducción de *Maravillas de naturaleza*. En cualquier caso sus comentarios sobre Ramírez Carrión son escuetos. Señala lacónicamente que, siguiendo a Bonet, enseña a los mudos a hablar, escribir, contar, leer y comunicarse por el alfabeto manual. Una dependencia que el propio Ramírez Carrión no quiso reconocer, atribuyéndose para sí el honor de la invención de este arte<sup>21</sup>.

Con la referencia a Carrión, nuestro jesuita da por concluido el discurso histórico de la primera parte de su carta, y da entrada a una segunda parte en la que narrará los acontecimientos históricos más significativos acaecidos en Europa en relación con la educación de sordos. Recorrido bastante exhaustivo que viene aderezado por tres quejas reiteradas: ignorancia u omisión activa de la aportación hispana, no superar lo realizado por los españoles y atribuirse los autores para sí o sus países la originalidad de este arte. El discurso, bastante sistemático, dejará de lado las fuentes secundarias y, en la mayoría de los casos, se apoyará en fuentes primarias con numerosas citas textuales, tanto en el cuerpo del texto como a pie de página, poniendo de manifiesto que nuestro jesuita conocía muy bien y con fuentes fiables el recorrido europeo de la educación de los sordos.

Abre la serie el médico belga Francisco Mercurio van Helmont, quien, en 1657, publicó su *Alphabeti vere naturalis hebraici brevissima delineatio*. Obra pensada para hacer hablar a todos los mudos, especialmente a hebreos, en la que, como si de un Bonet redivivo se tratara, ponía especial énfasis en qué era el lenguaje, su dimensión fónica y su enseñanza didáctica aplicada a los mudos<sup>22</sup>. A continuación Andrés Morell se recreó en la aportación de los ingleses Jorge Sibscota, John Wallis y Guillermo Holder. Del primero, sólo citó su existencia; y de los segundos, sus obras: *Gramática inglesa* (1653) y *Elementos de la palabra*. (1668). Obras que al leerse detenidamente parecían una réplica de lo apuntado por Bonet, al que ignoraron completamente, no sin antes acusarse mutuamen-

20. *Ibidem*, pp. 16-17. Debe hacerse notar que Andrés no quiso entrar en una cuestión de la que tenía perfectamente noticia: ¿de dónde le vino a Bonet su arte, dónde lo aprendió? El omite ese tipo de consideraciones, mientras que su fuente principal de información: el benedictino Feijóo dice que fue un plagio de la obra de Ponce.

21. *Ibidem*, p. 19.

22. *Ibidem*, pp. 20-21.

te de plagio y erigirse como padres únicos del invento<sup>23</sup>. Andrés recogió también las aportaciones italianas. Ignoró u omitió conscientemente –no lo sabemos– lo aportado por Jerónimo Cardano (1501-1576) sobre la posibilidad de enseñar a hablar a los sordos, pero aportó noticias del jesuita italiano Francisco Lana Terci, quien en su *Prodromo*, publicado en 1670, tras reconocer la existencia de Ponce e ignorar a Bonet, Carrión, Wallis y Holder, se erigió como inventor de este arte por el mero hecho de dar algunas reglas sobre cómo educar a los mudos<sup>24</sup>.

Especial atención prestó al médico suizo, establecido en Holanda, Conrado Amman, quien en 1692 publicó *Surdus loquens*, obra que habría de convertirse en uno de los referentes obligados de la educación de sordomudos en Europa, traduciéndose a varias lenguas, entre ellas el inglés, y reimprimiéndose en 1700 con el título *Dissertatio de loquela, qua non solum vox humana et loquendi artificium ex originibus suis eruuntur*. La obra, que se conoció en las principales academias de Europa y dio a Conrado Amman una fama y proyección internacional, recogía de forma detallada y extensa las características del método fónico, su didáctica con los sordomudos y el apoyo del alfabeto manual. Didáctica ya apuntada por Ponce, Bonet, Helmont y Wallis y que Conrado Amman quiso ignorar conscientemente, a pesar de que los conocía, atribuyéndose para sí la originalidad del arte. Decisión que causó un gran disgusto en Andrés Morell, para quien el tratado de Conrado Amman no era otra cosa que un plagio de lo dicho por Francisco Helmont en 1657<sup>25</sup>.

Andrés Morell dedicó el mayor espacio de la segunda parte de su carta a la obra del hispano-portugués Jacobo Rodríguez Pereira, a quien consideró el gran restaurador de la educación de sordos en Europa así como el vehículo que proyectó al viejo continente la herencia hispana de una manera más clara y objetiva. El propio Pereira, a quien nuestro jesuita considera portugués<sup>26</sup>, dice que su arte es herencia de Ponce, de quien tuvo noticias cuando leyó en Cádiz las obras de Feijóo<sup>27</sup>. Un arte que luego perfeccionó siguiendo a Bonet, y que plasmó en 1749, en el *Mercurio* francés, al presentar una memoria escrita de sus logros y de su método, que le proyectó por gran parte de Europa.

“Entonces –dice Andrés Morell– tomó pie realmente el arte de enseñar a hablar a los mudos, que antes no contaba más que en estudios privados sin obtener publicidad universal. Era entonces París el emporio de las artes y de las ciencias, donde parecía que hubiese fijado su trono el gusto y el saber, o a lo menos tuviesen su tribunal de donde salían las sentencias que no admitían apelación. Cuanto París aprobaba debía obtener sin contradicción alguna la aprobación universal y ninguno se hubiera atrevido a oponerse a lo que había merecido la autorizada sanción de aquella docta capital. Si Ponce no hubiera vivido en el siglo XVI, ciego venerador de los antiguos, si desde el retiro del monasterio de Oña, en un rincón de España, hubiese trasladado su escuela al centro de la cultura europea, la brillante París, el arte de enseñar a los mudos se hubiera por su medio esparcido mucho más pronto por todo el mundo, y su

---

23. *Ibidem*, pp. 22-25.

24. *Ibidem*, p. 26.

25. *Ibidem*, pp. 26-30.

26. *Ibidem*, p. 31.

27. *Ibidem*, pp. 31-32. Andrés se recrea en esta noticia por la referencia a Ponce. Herencia que el propio Pereira confesó al doctor valenciano José Torres, que ejercía la medicina en París, confesándole que conoció a Ponce a través de la lectura en Cádiz del tomo IV del *Teatro crítico* de Feijóo.

nombre hubiera sido más conocido y alabado. Esta suerte le cupo a Perira, su fama se extendió en pocos días por toda Europa y él fue el verdadero restaurador de esta útil arte<sup>28</sup>.

El arte de Pereira era en cierto modo una copia de lo publicado por Bonet, pero ampliado. Téngase presente que la lengua francesa al escribirse y pronunciarse de modo diferente producía desajustes entre fonética y escritura que Pereira solventó ampliando su alfabeto manual. Un alfabeto que, por indicación de uno de sus mejores discípulos, Saboureux de Fonteneai, empezó a denominarse dactilología y que por su especial protagonismo empezó también a acarrear algunas críticas. Llamativa fue la oposición de Mr. Ernauld, antiguo discípulo de Pereira y partidario acérrimo de la vía oralista, quien receloso de la fama de su maestro le criticó su marcada querencia dactilológica<sup>29</sup>. La disputa llegó incluso a la Academia de Ciencias de París que falló a favor de Pereira alabando la originalidad y eficacia de su arte en detrimento de Ernauld, que quedó como un mero y simple plagiador. Pereira ya famoso alcanzó todavía más celebridad cuando su mejor discípulo, el sordomudo Saboureux de Fontenai, publicó en 1765, en el diario de Verdun, un opúsculo con la fundamentación y didáctica de su maestro, que no era otra cosa que el arte de Bonet ampliado y adaptado a la fonética y morfología francesas<sup>30</sup>.

La tercera parte de la carta la ocupa las páginas 42 a 53. Está centrada enteramente en las aportaciones francesas del abate Carlos Miguel de L'Épée (1712-1798) y de su discípulo Roch Ambroise Cucurron Sicard (1742-1822), más conocido como abate Sicard. En ella se muestran tres partes diferenciadas. En una primera, Andrés Morell reconoce la notable aportación del abate L'Épée a la educación por señas metódicas de los sordos, a través de tres de sus obras cumbres: *La instrucción de los sordomudos a través de las señas metódicas*, publicada en 1776; *La verdadera manera de enseñar a los sordomudos, confirmada por una larga experiencia*, publicada en 1784; y, finalmente, *Diccionario general de signos*, finalizado por su discípulo el abate Sicard. En todas estas obras queda claro la apuesta de L'Épée por la metodología manual de los gestos, pero Andrés hace un esfuerzo notable por destacar que en ello está implícito la dimensión oralista de la tradición hispana que L'Épée nunca quiso reconocer.

La segunda parte la ocupa la proyección internacional de L'Épée. En Italia, por ejemplo, personajes como Silvestri lo difundieron con fuerza por sus principales academias científicas<sup>31</sup>. En Viena pasó lo mismo, el emperador José II, amigo personal de Andrés Morell, encargó al abate Storch que fundara una escuela de sordos según el modelo de L'Épée<sup>32</sup>. Y en Zurich, Mr. Ulric fundaba una escuela de sordomudos siguiendo la

28. *Ibidem*, pp. 32-33.

29. *Ibidem*, pp. 35-38.

30. *Ibidem*, pp. 39-40. Saboureux de Fontenai era para Pereira lo que Pedro de Velasco fue para Ponce: el mejor fruto de su método. Fontenai, sordomudo de nacimiento, fue un erudito y filósofo que llegó a aprender lenguas europeas y algunas orientales como el hebreo y el siríaco, llegando a tener conocimientos del árabe. De sus virtualidades se hace eco el filólogo sueco Bjoernstahl, quien en una carta del primer tomo de sus *Cartas odeopóricas*, firmada el 7 de junio de 1770, relata la erudición filosófica, sabiduría y dominio extremo que tenía de varias lenguas Saboureux de Fontenai, que ha pasado a la historia como el primer sordo que escribió un manual sobre este arte.

31. *Ibidem*, p. 47.

32. *Ibidem*, pp. 47-48.

metodología francesa<sup>33</sup>. Referentes que sirvieron para proyectar por Europa una imagen del francés como el gran artífice e impulsor de la educación formal de sordomudos, y especialmente de su apuesta por los signos manuales o señas metódicas.

En una tercera parte Andrés Morell, aunque reconoce y alaba la importante aportación de L'Épée, critica su falta de originalidad, pues dice que sus ideas están en buena parte en Juan Pablo Bonet y Conrado Amman. Además, en su afán de destacar lo hispano, nuestro jesuita planteó la posibilidad de una cierta dependencia estructural de la obra de L'Épée respecto de la de Ponce de León<sup>34</sup>. Incluso, con una exhaustividad histórica encomiable, se hizo eco de algunas críticas e imputaciones que autores como Claude-François Deschamps (1745-1791?) y el suizo Heinich hicieron a la dactilología de L'Épée, a la que consideraron incapaz de comunicar ideas morales y abstractas de cierta complejidad. Nuestro jesuita no quiso entrar en el fondo de estas cuestiones, dejó que L'Épée se defendiera a través de su discípulo Pierre Desloges, quien en 1779 publicó un opúsculo defendiendo las tesis de su maestro.

La cuarta y última parte de la carta, que abarca las páginas 54 a 56, es un epílogo a modo de resumen en la que confirma la paternidad hispana en la educación formal de sordomudos y la continuidad que hay entre Ponce, Bonet, Carrión, Amman, Pereira y L'Épée. Tesis que le lleva a José Andrés Morell a decir:

“En suma no pueden las escuelas modernas de los sordos mudos gloriarse de cosa alguna de la cual no tengamos alguna muestra dos siglos antes en la de Ponce. Ojalá no fuera tan cierto que en gran parte de los descubrimientos de nuestros días puede observarse lo mismo, esto es que los modernos solo han embarnizado y adornado, propagado y decantado más sus conocimientos, pero que en la sustancia los modestos antiguos los habían poseído ya con igual o mayor plenitud”<sup>35</sup>.

## Proyección y significado de la obra

¿Qué impacto o proyección historiográfica ha tenido hasta la fecha la carta de nuestro jesuita? La verdad es que más bien poca. María Angeles Galino ya se quejaba, en 1968, de que la obra de Andrés Morell no apareciera en ninguna historia de la educación, achacando tal omisión a la consideración de nuestro personaje más como literato que como educador<sup>36</sup>. Los propios coloquios de Historia de la Educación lo han ignorado por completo hasta ahora, a pesar de ser un ilustrado de vanguardia. De igual modo, las historias

33. *Ibidem*, p. 48.

34. *Ibidem*, p. 45. Esta idea no era baladí. Tenía una importancia extraordinaria que pone de manifiesto que el abate L'Épée no renunció a la virtualidad del oralismo. Sus obras contienen el enunciado de los siguientes capítulos oralistas: cómo se puede enseñar a los sordos y a los mudos a hablar; cómo se puede enseñar a los sordos y a los mudos a pronunciar las vocales y las sílabas simples; observaciones necesarias para la lectura y la pronunciación de los sordos y los mudos; y cómo se enseña a los sordos y a los mudos a entender por los ojos solamente con los movimientos de los labios, y sin que se les haga ninguna seña manual. Pruebas inequívocas de que la escuela de L'Épée no renunció a la virtualidad del oralismo. Sin embargo L'Épée siguió el camino que le pareció más fácil: el lenguaje metódico de señas.

35. *Ibidem*, p. 56.

36. Galino M<sup>a</sup> Angeles (1968). Madrid: Narcea, p. 704.

recientes de la educación de sordos en España, cuando aluden al personaje lo hacen de una manera escueta y tangencial. Incluso, el Patrimonio Bibliográfico Español sólo incluye en sus fondos seis ejemplares de nuestra carta, repartidos por diferentes bibliotecas y archivos españoles. Un vacío que en parte se compensa con el esfuerzo de difusión de fuentes de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, que ha puesto a disposición de los lectores vía *on-line* la publicación de la carta de nuestro jesuita.

Analizar el porqué de todo ello es complejo, máxime cuando el mero hecho de ser un documento pionero en la historia de la educación de sordos en Europa justificaría por sí mismo una mayor atención y análisis historiográfico. Es cierto que estamos ante un documento con omisiones importantes, por ejemplo ignorar la totalidad de la escuela oralista alemana es muy llamativo. Sus representantes: Jorge Raphel (1673-1740), Johan Ludwin Ferdinard Arnoldi (1737-1783) y Samuel Heinicke (1727-1790) representaron una actitud radical a favor del oralismo a la que muy bien podría haber hecho referencia Andrés. También ignoró a personajes ingleses partidarios del lenguaje gestual como Jon Bulwer (1614-1684) y Georges Dalgarno (1626-1687). Aunque en su descargo cabe decir que no pretendía tanto hacer una historia global y exhaustiva de nuestro arte como mostrar el protagonismo hispano en su génesis y primer desarrollo. También es cierto que su carta no se movió en el plano de las teorías o ideas sistemáticas ni en el plano didáctico, lo que a buen seguro restó interés a su trabajo. Todo eso es rigurosamente cierto, pero también lo es que Andrés Morell fue testigo de un tiempo y de una sensibilidad sobre los sordomudos digna de la mejor atención. Un patrimonio que él no quiso que se olvidara y que en buena parte lo consiguió. El primer desarrollo decimonónico de la educación de sordos en España: Lorenzo Hervás y Juan Albert en Barcelona y el Colegio de Sordomudos de la Real Sociedad Económica Matritense es una consecuencia lógica de muchas de las ideas que están implícitas en su carta.